

De la Historia y el Humanismo

Por Félix Serratosa

El humanismo no es decir: «Ningún animal hará lo que yo hago»...
André Malraux
...ni la Historia puede limitarse a recordar lo animal que es el hombre.
Anónimo.

Comprendemos la enorme dificultad de los historiadores para aprehender en su totalidad, la compleja y variada actividad desplegada por el hombre en su paso por la Tierra, desde los remotos tiempos de su oscura ascensión a la vida racional hasta los actuales tanteos para sumergirse en el infinito.

Comprendemos, también, la disección —cruel, pero necesaria— del saber humano en una serie, más o menos afortunada, de disciplinas. No obstante, es del todo inadmisibles que los historiadores, olvidando el aspecto realmente digno e impresionante del hombre, nos hayan ofrecido, sistemática e impunemente, la historia cruel y vergonzosa de *homúnculos* crueles y vergonzantes. Con raras y loables excepciones, los historiadores se han ocupado exclusivamente de la guerra, de la política y de la economía. Olvidando al *homo sapiens*, se han referido al *homo lupus* (o animal de rapiña) de Spengler, al *homo oeconomicus* de Marx o al *homo politicus* de los romanos, como si estos homúnculos representaran la realidad del *hombre entero* y su obra fuera el único testimonio del paso del hombre por la Tierra.

Ninguna historia de la Humanidad puede ignorar la vasta estructura del conocimiento humano, ni la evolución de las ideas en el transcurso del tiempo. Desde los tiempos míticos de la *Odisea*, hasta la actual era cósmica, lo verdaderamente importante ha sido la capacidad del hombre para maravillarse frente al mundo y, aceptando el reto, intentar explicar lo que ocurría a su alrededor. La guerra, la política y la economía no son más que aspectos secundarios —casi nunca edificantes— en la historia de la Humanidad y muchos insectos, en este sentido, superan al hombre. Además, mientras las policromías de la cueva de Altamira son un testimonio cierto de las actividades del hombre prehistórico, su fiereza es sólo un atributo gratuito.

Política y economía han sido, en el mejor de los casos, actividades necesarias para lograr un ambiente adecuado y propicio para la obra creadora del hombre. Política y economía al servicio del hombre para que éste pueda elevarse a esferas superiores, más allá de su propia ambición y sus necesidades materiales. En este aspecto, no puede negarse que la propia Ciencia ha contribuido a la liberación del

hombre. Pero mientras éste debe ser el fin único e inmediato de la política y la economía, representa para la Ciencia sólo un fin remoto, aunque nada despreciable. Los dos fines de la Ciencia: colmar la curiosidad y capacidad creadora del hombre, y mejorar sus condiciones vitales para que se encuentre en disposición favorable para producir no sólo más *scientia*, sino también más belleza.

Ciertamente, la Química no ha sido la más ajena a crear estas condiciones favorables para el desarrollo del *homo sapiens*. Nuestra propia vida orgánica y emocional, nuestra indumentaria y cobijo, y los medios de transporte pueden reducirse, en última instancia, a la Química. El embellecimiento, la lucha contra la enfermedad y el hambre son posibles gracias a la Química que proporciona cosméticos, colorantes y perfumes, drogas y antibióticos, abonos e insecticidas.

No obstante, honradamente, debemos preguntarnos: ¿ha tenido —o en su defecto, puede tener— la Química una proyección en la cultura humanista? No nos atrevemos a contestar afirmativamente. La respuesta —afirmativa o no— debe fluir espontánea y naturalmente al final de estas consideraciones.

Para empezar, una pregunta más inmediata se impone. ¿Qué entendemos por cultura humanista?

En su sentido más general no hay duda de que la cultura humanista significa todo el «cúmulo de conocimientos» que todo hombre moderno debe poseer acerca del mundo y de la historia de la Humanidad y de las ideas, si quiere considerarse medianamente «culto». En definitiva, un bachillerato bien planeado y asimilado.

Los conceptos no sólo cambian con los tiempos, sino también de una a otra cultura. Para la mayoría de nosotros, occidentales, las Humanidades forman un conjunto de disciplinas de tipo más bien especulativo, en contraposición de las Ciencias, de tipo esencialmente cuantitativo y empírico. No obstante, etimológicamente, ciencia (*scientia*) significa saber, conocer, y entonces, evidentemente, puede hablarse igualmente de ciencias históricas, sociales o filosóficas. Por este camino llegaríamos a la conclusión de que el «cúmulo de conocimientos» que todo hombre debe poseer, de que hablábamos al principio, constituye también su cultura científica. Pero aun en el sentido más restringido, la cultura científica es la más humanista de todas las culturas... si no hemos olvidado lo que el humanismo significa y representa.

El sentido común nos hace sospechar que, en su acepción más general, el humanismo deriva de la clásica sentencia: «el hombre es la medida de todas las cosas», o la equivalente: «el hombre sólo encuentra al hombre». Siendo el hombre el único ser consciente, capaz de observar «objetivamente» y comunicar sus experiencias, es lógico que siempre se haya sentido *humanista*. Únicamente, si el pretendido diálogo del hombre con el delfín —iniciado en las costas de Florida— continuara progresando, únicamente entonces, podría hablarse de la crisis del humanismo. Mientras tanto, el humanismo está en pleno auge y adquiere las más diversas y contradictorias formas.

Históricamente, el humanismo nace con el Renacimiento, con el retorno a la Naturaleza y a las fuentes clásicas de la antigüedad. Pero un hecho trascendental separa a los hombres de la antigua Hélade y los del Renacimiento: la Cruz en el Gólgota. Este hecho, fundamental para comprender la historia de la Humanidad en los últimos veinte siglos, era ya suficiente para que ese retorno a las fuentes clásicas adquiriera unas características peculiares y no pudiera realizarse de una manera total, definitiva. Un agnosticismo, fraguado en el fuego de la caridad cristiana, separa los cristianos del Renacimiento de los clásicos griegos. Por eso Berdiaeff nos dirá que el hombre del Renacimiento no es, no podía ser, completamente clásico, ni su obra podía ser clásicamente perfecta. Este mismo autor, más adelante, ilustra sobre el sentido exacto del humanismo. Con un fatalismo propio de su alma rusa, refiriéndose al humanismo, nos dirá que *estaba en el destino del hombre que lo viviera. El hombre debía conocer la libertad y con la libertad aceptar a Dios. Este era el sentido del humanismo*¹.

¿Se han realizado las promesas del Renacimiento? ¿Ha dado el humanismo los frutos que eran de esperar? Berdiaeff, y con él la multitud de historiadores, manifiesta un profundo pesimismo y la respuesta es categóricamente negativa. Así, nos asegura que el hombre ha salido del experimento humanista completamente vacío y que ya no se puede andar más por las sendas del humanismo. El hombre, nos dice, ha agotado todas sus facultades creadoras, y de la profundidad ha salido a la superficie, empujado por su propia vaciedad.

El hombre de ciencia puede que considere las cosas de muy diversa manera. Aunque el científico comparte, en cierta manera, el pesimismo de los historiadores, existe una diferencia fundamental entre ellos. Mientras el pesimismo del historiador es un pesimismo vital, subjetivo, el del científico es un pesimismo cósmico, que emana del segundo principio de la Termodinámica. Ambos, historiador y científico, ven que la *entropía* aumenta sin cesar, que nos acercamos fatal, irremisiblemente, al caos y a la destrucción. La igualación de las clases *sociales* —la *entropía* social, como dirá Berdiaeff— es un hecho que apunta hacia una realidad. La muerte y las fuerzas del mal recogen en cada instante sus numerosos frutos. No es de extrañar que el historiador, el sociólogo y el moralista tiemblen. El científico se consuela sabiendo que existe una microrreversibilidad que, en definitiva, trabaja en favor del progreso y del hombre —uno de tantos microcosmos *antientrópicos*, en medio de un Universo lanzado a la destrucción.

Teniendo en cuenta este orden de ideas, hace unos años nos atrevimos a escribir:

«Quizá sea un hecho desafortunado, pero parece ser que el científico, el hombre con un bagaje científico y humanístico considerable, dotado de una mente crítica y de una gran fantasía y capacidad de creación, profundamente modesto y religioso —en una palabra, el antípoda del científico bruto e ignorante, prototipo del *hombre-masa* descrito por Ortega y Gasset— es el que en principio —pero sólo en

principio— más posibilidades tiene de adaptarse y triunfar en este mundo moderno que se prepara para el gran salto al infinito. Y ello no por perfecto, sino porque su misma ciencia le da la medida de las cosas, de sus posibilidades y no pide más de lo que la Naturaleza le puede dar².»

Como Moisés, también el científico ha golpeado la roca más de una vez y Dios se enojó con él. Tampoco él verá *el reino en este mundo*.

El hombre de ciencia puede decirnos que la aventura del humanismo no ha sido un fracaso. Podrá aceptar que ha habido ciertos síntomas y desviaciones un tanto desconsoladores, pero concluirá que, en definitiva, por primera vez en la historia de la Humanidad, el hombre, a través del experimento humanista, por el clásico procedimiento de tanteo y error, ha sabido conocer cuál es su exacto valor y medida. A partir de este momento, el hombre está en condiciones de llevar a cabo la *vivencia* del humanismo, tal como queda definido por Berdiaeff. Esto es, el hombre está ahora en condiciones de aceptar la responsabilidad de su libertad, y con esta libertad reconocer su limitación y, mirando a la faz de Dios creador, repetir esta sensata oración:

«Señor, por todo lo que sé, estoy unido contigo; por todo lo que ignoro te estoy sometido.»

Por primera vez en la historia de la Humanidad, el científico ha reconocido la existencia de verdades y realidades que rebasan el alcance de su ciencia. En consecuencia, el científico puede, actualmente, manifestar su fe religiosa y discutir los problemas de Dios y de la fe, sin que tenga que soportar la sonrisa irónica y despectiva de sus colegas. Nunca, como ahora, se habían preocupado tanto los científicos de los problemas de Dios y de la religión.

¿Es posible que sólo haya transcurrido medio siglo desde que Alexis Carrel —posteriormente premio Nobel— tuviera que abandonar su cátedra por haber osado plantear científicamente el hecho experimentalmente cierto y comprobable de las curaciones milagrosas de Lourdes?

A. Toynbee, el historiador más sensato y ecuánime que conocemos, muestra, también, un sano optimismo en cuanto a la suerte del hombre y el humanismo. Muy recientemente ha manifestado: «En una edad atómica reglamentada, la religión puede constituir la gran ocasión de que el hombre salve la libertad.» Quizá, en este sentido, nos acercamos a la *Nueva Edad Media* visualizada por Berdiaeff.